

Hace 150 años  
Lorenzo Meyer

## **Aniversario**

¿Cómo debe un país observar el aniversario de una derrota? La pregunta no es ociosa, pues fue justamente hace un siglo y medio, en mayo de 1848, que se canjearon las ratificaciones del tratado que puso fin a dos años de guerra entre México y su vecino del norte, los Estados Unidos.

La respuesta a la pregunta anterior depende de la naturaleza de la tragedia. Hace tiempo que la memoria colectiva mexicana convirtió el desastre que significó la guerra con Estados Unidos en una lucha de la razón contra la fuerza, de la defensa de lo justo contra la agresión injusta; en una lucha, en fin, entre el bien y el mal. El vencedor es la encarnación de la agresividad, codicia y el espíritu de despojo largamente planeado; en tanto que el vencido es el símbolo de la defensa -del débil pero digno- a lo irrenunciable; la batalla de Chapultepec es la síntesis y símbolo del choque entre esas dos actitudes. Obviamente, la guerra del 47 fue algo mucho más complejo que lo transmitido de generación en generación por la tradicional visión maniquea mexicana de la historia patria. Sin embargo, y por lo traumático de la experiencia, poco se ha hecho en siglo y medio para revisar y explicar con madurez ese difícil momento de nuestro pasado. Hoy, y para darnos elementos para una reflexión a la altura de los tiempos, 23 historiadores profesionales encabezados por Josefina Zoraida Vázquez, nos entregan: México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, (1846-1848). Este grueso volumen -casi 700 páginas- es una forma madura y productiva de observar el aniversario de una gran derrota y una forma de hacer justicia a los mexicanos de las diferentes clases y regiones que se esforzaron por defender el interés general en medio del caos, la feroz disputa interna, la inconsciencia, la corrupción, la desigualdad social y el incipiente sentido de nacionalidad de esos tiempos trágicos.

## **El trauma**

Hace 150 años, el puñado de políticos que estaban al frente de lo que quedaba del gobierno nacional en Querétaro debió aceptar que el país no podía continuar la guerra con el país

vecino y que, como consecuencia, debía firmar un tratado que aceptaba la pérdida de la mitad del gran territorio que 27 años antes había declarado como propio al liberarse de las ataduras que le habían ligado a España por tres siglos. La alternativa era seguir la lucha sin ejército, por la vía de la guerra informal, prolongar la ocupación y correr el riesgo de perder aún más.

Lo que físicamente se perdió en el 48 fue más una posibilidad que una realidad. Pero hubo otra pérdida que no estaba en la geografía sino en la psique colectiva: la seguridad en sí misma de una sociedad que apenas estaba descubriendo las complejidades del autogobierno y dando forma a su primer proyecto nacional. Hace siglo y medio se quebró la confianza de los mexicanos en sus clases dirigentes y en el entramado institucional que apenas se estaba armando -el Ejército, el Congreso, los partidos, los prestamistas y la Iglesia Católica. Esa confianza aún no se ha vuelto a recuperar del todo. Y lo que se ganó fue la imagen de un mundo externo hostil y oportunista: el vecino del norte al que se tenía como modelo resultó rapaz; la vieja España aprovechó el caos para alentar una conspiración monárquica; Inglaterra, al no ser atendidos sus consejos de hacer una paz temprana con Texas, simplemente se desentendió del tema, y Francia rompió con México sin razón sustantiva y le dejó solo.

### **Camino al desastre**

Desde la perspectiva de la obra comentada, el camino al desastre del 47 se inició en la segunda mitad del siglo anterior. Las colonias inglesas que finalmente se transformarían en los Estados Unidos, habían sido por mucho tiempo un sitio casi sin importancia en el contexto mundial, pero una vez que lograron su independencia ayudadas por la misma Europa y sin haber sufrido destrucción material significativa, se lanzaron de lleno, ya como una nueva nación, al desarrollo económico y a la expansión territorial. En contraste, la desastrosa política española en Europa y los efectos negativos de las reformas borbónicas habían afectado negativamente tanto a la geografía política (se perdieron la Louisiana, el Mississippi y las Floridas) como a la economía de la Nueva España, pero también debilitaron la cohesión interna del reino. Luego, los insurgentes mexicanos lucharon solos,

sin apoyo externo, por más tiempo y con mayor desgaste y destrucción física que los norteamericanos.

Finalmente, la independencia de México no desembocó en un sistema político funcional sino todo lo contrario.

Para Estados Unidos, su independencia le permitió mejorar la institucionalidad legal y política heredada. En México sucedió lo contrario: el nuevo sistema político no pretendió construir sobre lo ya existente sino innovar, pero ante la falta de consenso el resultado fue un desastre, pues desde el inicio el nuevo arreglo no embonó con lo existente. A partir de la conclusión del primer gobierno republicano la división de la clase gobernante mexicana se agudizó, se tornó violenta e irreconciliable, al punto de constituir, en la segunda mitad de los años cuarenta, el mayor obstáculo para organizar de manera medianamente eficaz la defensa de la naciente República.

### **Puros y moderados**

Los tres estudios generales del inicio del libro -un análisis de los fenómenos políticos y fiscales de la época- sirven de marco general indispensable para comprender lo que constituye el grueso de la obra: la revisión, más o menos detallada, de los universos locales -18 estados o regiones- que eran donde realmente estaban los recursos humanos y materiales con los que México debió hacer frente al ataque a su soberanía e integridad. La base documental de ambas partes está formada por un centenar de archivos y fondos documentales locales y nacionales, mexicanos y norteamericanos.

Para los autores de México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, no hay duda que la razón inmediata más importante del fracaso de la defensa mexicana frente a la agresión de Estados Unidos se encuentra en la terrible pugna ideológica y choque de intereses políticos y económicos, entre los dirigentes mexicanos en vísperas de la guerra y que no cesaron al estallar el conflicto.

Esa lucha entre mexicanos -una guerra dentro de la guerra-, aunada a las insuficiencias del erario del gobierno nacional para levantar y sostener un ejército que pudiera hacer frente a

los profesionales y voluntarios que componían al ejército enemigo, sencillamente neutralizó en México el esfuerzo de concentración de voluntades que toda guerra exige. La división interna impidió focalizar el esfuerzo nacional.

La lucha entre liberales puros, moderados e independientes, impidió primero evitar la guerra mediante un arreglo con Estados Unidos. Y una vez iniciado el conflicto, la disputa interna interfirió con la labor de un Congreso que tenía como tarea elaborar, a la vez, el marco constitucional -las reglas centrales del juego político nacional-, reunir recursos y organizar la defensa del territorio.

Como se puede comprobar al examinar la realidad regional, las diferencias entre radicales o puros y moderados eran, en buena medida, el reflejo de la lucha de intereses comerciales, mineros o agrícolas en los estados. La división ideológica y de intereses produjo elecciones manipuladas, disputas legales y políticas interminables, desobediencias y, finalmente, choques violentos que en vez de sumar, restaron.

La Iglesia es un actor presente a todo lo largo de la obra. Queda claro que esa vieja corporación tenía menos recursos líquidos de los que los liberales puros suponían, pero en todo caso sus dirigentes resistieron a quienes pretendieron usar sus bienes como respaldo o fuente directa para recabar los 15 millones de pesos que en 1847 se consideraban indispensables para dar forma a un ejército capaz de enfrentar con efectividad al invasor. Finalmente, los bienes del clero que de grado o por fuerza se consiguieron, sólo parcialmente sufragaron el gasto militar y sí, en cambio, ahondaron la división interna e incluso llevaron al derramamiento de sangre entre mexicanos y frente al enemigo.

La lucha contra los americanos cesó al finalizar el 47, pero la pugna interna no; lo mismo hubo rebeliones como la de la Sierra Gorda que enconadas disputas de la dirigencia en torno a la negociación de los términos de la paz con el enemigo. El radicalismo de los puros les llevó a proponer la continuación de "una guerra sin tregua y guerra eterna, si fuera preciso". Al examinar el caso de San Luis Potosí, queda claro que el camino alternativo al tratado de Guadalupe Hidalgo era la guerra de guerrillas, pero los moderados vieron en ella un peligro para sus propios intereses de clase, pues esas fuerzas populares podían quedar fuera de control y crear un peligro social mayor que el representado por los invasores.

## Los estados y las regiones

Sin un acuerdo entre las élites, sin una coalición nacional fuerte, era imposible tener un verdadero poder central que dirigiera el esfuerzo bélico. En esas circunstancias, la clave fueron las regiones, los estados. El examen de la naturaleza del poder a nivel local deja claro que el espíritu federalista y la defensa a toda costa del interés local llevó a que varias élites regionales antepusieran sus intereses a los de una nación que, en realidad, apenas existía y sólo para unos.

En ciertos casos, como los de Chihuahua, Coahuila o Durango, por ejemplo, la lucha contra los norteamericanos fue sólo una de las dos que se debían desarrollar simultáneamente; la otra era contra los "indios bárbaros" o los rebeldes de la "Sierra Gorda" en el caso de San Luis Potosí. Los escasos recursos se tuvieron que dividir y hubo tensiones constantes con el gobierno central. En Coahuila -y no fue ése el único caso- se deja ver que en algunos momentos la población local, como por ejemplo la de Parras, simplemente no consideró enemigos a los norteamericanos sino que los recibió sin hostilidad e incluso con cortesía; Jacobo Sánchez Navarro, el rico hacendado coahuilense, en defensa de sus intereses y como resultado de pugnas locales, simplemente decidió declararse personalmente neutral en la lucha y trabó una amistad de conveniencia con el comandante de la fuerza invasora, el general Wool. Por otro lado, y justo es reconocerlo, otros parientes de Sánchez Navarro optaron por resistir incluso después de consumada la derrota.

El caso de Puebla, cuya capital finalmente se rindió al enemigo sin intentar la mínima resistencia, se ve claramente la contradicción en las actitudes de una clase dirigente que no deseaba ser acusada de falta de patriotismo -contribuyó con dinero y con hombres a la lucha fuera del estado- pero que muy rápidamente pasó de la exaltación patriótica al acomodamiento con el invasor. El clero poblano dijo no negar su contribución a la defensa de la nación, pero rechazó que sobre sus bienes recayera una proporción inequitativa del costo de una guerra que, a fin de cuentas, no se hacía en defensa de la religión. Finalmente, en Puebla, como en Zacatecas, se ve de manera muy clara la contradicción entre el gobierno nacional y el estatal por el control de las Fuerzas Armadas locales: la Guardia nacional, un cuerpo pagado por y para la defensa de cada estado. Una y otra vez los

gobernadores y las propias guardias se resistieron a que esos cuerpos fueran puestos bajos las ordenes del Ejército nacional para servir a los fines nacionales y no locales.

Aunque casi todos los autores de las monografías estatales destacan el espíritu patriótico de sus estados, no hay duda de que los egoísmos locales fueron muchos y que ése es un tema a explorar de manera más profunda porque sigue vivo.

### **En suma**

La obra de Josefina Vázquez y sus colegas es, básicamente, un esfuerzo por adentrarse en un tema de importancia nacional, difícil y del que muchos no desean acordarse. El Conacyt, por ejemplo, le negó financiamiento al proyecto. Sin embargo, las comunidades, como las personas, requieren examinar a fondo los temas dolorosos del pasado para poder asimilarlos y superarlos.

Una nota final, hasta hoy el gran monumento al esfuerzo militar y político del 47 es el que se encuentra al pie del Castillo de Chapultepec y que celebra el sacrificio de un puñado de jóvenes militares profesionales, ¿pero dónde está el monumento a los miles de soldados de leva o voluntarios -al pueblo- que, pésimamente comandados, lucharon y perecieron y de los que se desconoce hasta el nombre? ¿No es mucho siglo y medio para que se les haga justicia simbólica? Después de todo fueron los soldados sin preparación ni armamento adecuado y no sus comandantes -los supuestos profesionales de la guerra- ni los dirigentes políticos nacionales, los únicos que salen bien librados tras el examen histórico de las jornadas del 47.